



LILY DEL PILAR

경찰 POLICE

SEONGJU POLICE STATION



CROSS
BOOKS



LILY DEL PILAR

*Still
with
him*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Lily Ibarra, 2024

© de las ilustraciones interiores y de cubierta: Daniela de la Fuente Inostroza,
@calicocat_art

© Editorial Planeta Chilena S. A., 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2024

ISBN: 978-84-08-29011-7

Depósito legal: B. 11.043-2024

Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Había una librería ubicada frente al hospital donde trabajaba Yoon Jaebyu. Él no tenía la costumbre de visitarla, a excepción de las instancias en donde le obligaban a abandonar sus funciones en Emergencias tras un caso difícil, lo que había acontecido aquella mañana. Todavía con el olor a flores haciéndole cosquillas en la nariz, ingresó en el local. Era pequeño, un rectángulo que se alargaba varios metros hacia el fondo. Tenía una serie de estanterías repartidas en fila y, como novedad del mes, justo en el escaparate central se presentaba una serie de libros con cubiertas de variados colores.

Se acercó.

Una novela de color apagado que contrastaba con el resto llamó su atención. Tenía un chico sin expresión dibujado en la portada. Lo agarró y leyó el título.

Almendra

Como la contraportada únicamente contenía reseñas de otros autores y periodistas, buscó el título en Naver. Una descripción del libro le llamó la atención:

«¿Cómo lloran las personas que no pueden sentir nada?».

Depende, se dijo Jaebyu, *si la persona es incapaz de hacerlo por falta de empatía o por problemas en su amígdala.*

Si era por lo primero, se trataba principalmente de un tema de crianza, ya que la empatía se gestaba en la niñez. De no enseñársele aquello en sus primeros años, el niño se deshumanizaba, lo que implicaba una despersonalización, un cerebro fraccionado que, a la larga, terminaría creando un adulto incapaz de llorar. Por tanto, el estrés crónico que generaba la negligencia de los

cuidadores podría resultar en un niño con mayor sensibilidad al estrés y una respuesta emocional más alterada y desmedida.

En cuanto a la amígdala, esta se componía por dos estructuras: una en cada hemisferio del cerebro. Su principal función iba ligada a procesar y almacenar reacciones emocionales. Era, por tanto, la encargada de recibir las señales de peligro potencial y de desarrollar una serie de reacciones que ayudaban a la autoprotección. Al ser la encargada de enviarle señales al cerebro cuando se recibían estímulos del exterior, podía ser moldeada por factores ambientales, tal como lo sería la crianza y el comportamiento social en su entorno más próximo.

Una amígdala más grande significaba una mayor sensibilidad y reactividad emocional, lo que podía generar una persona más propensa a experimentar respuestas emocionales intensas ante estímulos amenazantes o estresantes. El tamaño influía en su conectividad con otras regiones cerebrales ligadas a la regulación emocional, que amplificaban la emoción y, por ende, el sujeto tenía una mayor dificultad para la regulación y, además, una tendencia a experimentar emociones más intensas y duraderas.

Por otro lado, si se contaba con una amígdala demasiado pequeña, esa persona también sería incapaz de llorar, de sentir algo, lo que sea, al punto de tener que actuar sus emociones al ser incapaz de tenerlas.

Esa novela, sin duda, era interesante.

La compró y se pasó los siguientes días leyéndola. El personaje principal era un chico de nombre Yunjae, quien no podía sentir emociones debido a un problema en su amígdala.

Cuando Jaebyu cursaba su primer año de residencia en aquel hospital, se realizó una tomografía computarizada. En el resultado se le indicó que tenía una amígdala increíblemente corriente. Su falta de sentimientos, entonces, nada tenía que ver con su almendra.

¿Eso lo convertía en un monstruo? Esperaba que no.

Los monstruos no eran bonitos.

Los monstruos eran monstruos.

Pensaba en otra clase de monstruos cuando abrió los ojos horas más tarde en aquel fatal día. Se encontraba en la sala de descanso de Emergencias, porque estaba trabajando al recibir la noticia. Lo habían cubierto con unas mantas y sentía un peso pequeño sobre las piernas, como si alguien estuviera recostado sobre ellas.

—¿Querido? —preguntó con voz rasposa.

En lo que duraba un chasquido, la realidad lo envolvió y su prometido, Lee Minki, desapareció de su mente. Quien se ubicaba a su lado era Kim Somi, compañera y amiga. La decepción era densa en su pecho, mientras observaba aquel rostro femenino que no se asemejaba en lo más mínimo a la cara que llevaba años amando. La enfermera tenía los ojos enrojecidos y los párpados irritados como si hubiera pasado horas llorando.

—*Oppa* —la escuchó susurrar. Su mirada se humedeció—. Lo siento mucho.

El corazón le dolió como si un elemento cortopunzante se hubiera hundido en él hasta la empuñadura. Recordó por qué estaba en aquella cama estrecha de descanso, también la razón del por qué Lee Minki no se hallaba con él.

Entumecido, se dejó caer contra la almohada y tiró de las mantas para cubrirse el pecho. Su mirada se perdió en la cama de arriba, contó a lo menos en seis oportunidades las tablas de la litera.

—¿Jaebyu? —insistió su amiga.

Se limitó a negar con la cabeza para pedirle que no siguiera. Un largo instante después, se escuchó preguntando algo que no planeó hacer:

—¿Minki?

La enfermera contestó ansiosa, sus palabras se enredaban al hablar de forma atropellada.

—Todavía no sabemos nada, pero... —el resto de su respuesta se esfumó para continuar tras un salto dudoso—. ¿Estás...? No, por supuesto que no estás bien. Qué pregunta más tonta, lo siento mucho —apuntó hacia afuera—. Puedo inyectarte algo... para que sigas durmiendo.

Volteó su barbilla hacia ella.

—¿Los mellizos? ¿Dónde están mis hijos?

Ella se rascó el borde de la mandíbula, estaba claro que su excelente profesionalismo se había esfumado en ese mar de intranquilidad. Tanto en la universidad como en el trabajo se les enseñaba a carecer de sentimientos cuando se trataba de un paciente, nunca nadie los preparaba para saber qué hacer cuando uno de ellos se convertía en la víctima.

—Están con el doctor Jong Sehun.

Acto seguido, Somi se colocó de pie y fue hacia la puerta, sus movimientos torpes e inseguros.

—Te traeré algo para beber —dijo, en tono diminuto.

Asintió con los ojos cerrados. Captó sus pasos que se alejaban hacia la puerta, la manilla y finalmente el silencio.

Quedó flotando en el vacío, en esa nada que se sentía como un abrumador e imponente todo. Sus ojos secos, su pecho una cáscara quebradiza. ¿Por qué no podía llorar?

Si Lee Minki no estaba a su lado, Yoon Jaebyu olvidaba cómo hacerlo.

2

Cuando su amiga salió, Jaebyu se sentó en la cama y el mundo comenzó a girar por el efecto de la anestesia. Cerró los ojos unos instantes y se puso de pie a ciegas ayudándose con las manos. Su sentido del tacto parecía mucho más activo que otros. Sus crocs verdes yacían a un costado de la cama. Somi debió dejarlos perfectamente ordenados para él.

De camino a la entrada, se pasó a llevar la muñeca con las fichas plastificadas que colgaban de su uniforme. Las arrancó de un tirón y las lanzó al suelo. Quedaron a mitad de la estancia, desarmadas. Inspiró profundo, la cabeza le palpitaba al mismo ritmo que su desenfadado corazón.

La otra habitación se hallaba también vacía. El turno de reemplazo ya debía estar avisado de lo sucedido. Su suposición fue acertada, se los encontró reunidos alrededor de una camilla en Urgencias. También estaba la policía. En la multitud distinguió la figura delgada del hermano de Minki: Minjae.

Jong Sungguk no estaba entre ellos.

Sin hacer ruido, se desplazó en sentido contrario y fue a la escalera de emergencias. Subió al segundo piso, avanzó por el largo pasillo y llegó a otra escalera. En la planta de maternidad las habitaciones tenían un gran ventanal cubierto con persianas que daban hacia el corredor. De igual forma, estas nunca quedaban completamente cerradas, así que podía divisar el interior sin mayor dificultad. Contempló el primer cuarto, le siguió el de al lado.

La punta de sus dedos raspó el vidrio como si quisiera alcanzar a las personas de adentro.

Moon Daehyun y Jong Sungguk.

Daehyun tenía una pierna vendada y en alto, como también cortes y laceraciones a lo largo del cuerpo. Un ojo pequeño y

amorado. Lloraba aferrado a Sungguk, quien mantenía el rostro sonrojado e hinchado por los golpes. Llevaba la camiseta desabrochada, lo que le permitía divisar la marca de dedos impresos en su cuello.

Jaebyu habría deseado sentirse culpable.

¿Es que también había perdido su poca empatía? Era probable. Mientras los observaba abrazarse, no pudo sentir más que odio. Ellos lo tenían todo, él se quedó con nada.

¿Eso era justo?

¿Debía aceptarlo?

¿Por qué?

No sabía a ciencia cierta qué pensaba cuando ingresó al cuarto, se dirigió a los pies de la camilla y le echó un vistazo rápido a la ficha médica. Levantó los ojos hacia ellos, aunque mantuvo la barbilla baja. Daehyun olía a agua estancada y todavía tenía indicios de musgo en el cabello. Su expresión estaba contraída de dolor, lloraba tanto que se le marcaban dos surcos limpios en sus mejillas sucias. Su abultado estómago era visible bajo las mantas.

—Jaebyu... —comenzó Sungguk, quien intentó soltarse de su novio. Daehyun chilló con los ojos cerrados y le impidió moverse.

No pudo pensar en otra cosa: ¿por qué Daehyun estaba ahí, en esa camilla a salvo mientras Minki no? ¿Por qué Minki y no él? ¿Por qué solo uno de ellos? Temió preguntar y enterarse de la verdad.

—¿Dónde estaban cuando se llevaron a Minki? —preguntó sin prestarle atención a Sungguk. Dejó la ficha en su lugar y acomodó las manos en la barandilla de la camilla.

—Dae está con pérdidas y en proceso de parto —suplicó el oficial.

Su mirada fue de uno a otro.

—¿Dónde estaban? —insistió.

—Estamos esperando a Namsoo para llevar a Dae a pabellón... —Sungguk quiso continuar, pero lo mandó a callar con un movimiento brusco de brazo.

—¿Dónde estaban? —repitió con la boca seca, el tono tajante no decía mucho. No había rabia, ni tristeza, quizá un poco de determinación y nada más.

Daehyun tocó el hombro de Sungguk y lo apartó con delicadeza. Con los labios tensos, la piel empapada de sudor y el brazo libre sujetando su abultado vientre, respondió:

—En la terraza que hay... que hay a orillas del río.

Conocía el lugar. En más de una ocasión se había encontrado con Minki ahí tras un largo turno en el hospital. Nunca hacían más que conversar de su día, pero era de los momentos que más disfrutaba de la rutina.

Con una afirmación brusca, soltó la camilla y se dirigió a la entrada.

—Jaebyu —escuchó el débil jadeo.

Se giró hacia Daehyun, quien fruncía el rostro producto de las contracciones.

—Lo siento —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. Dae... todo es mi culpa, porque... porque si Dae no hubiera... escapado, Minki estaría bien. Si Daehyun no... Es mi culpa, Minki salvó a Dae y yo... y Dae... yo lo siento mucho.

No supo cómo responderle, tampoco pudo soportar escucharlo hablar en tercera persona, algo que Daehyun ahora solo reservaba para momentos de crisis.

Salió del cuarto sin decir nada.

Sungguk se apresuró en ir tras él, antes cerró la puerta del cuarto.

—Lo estamos buscando, te lo prometo —dijo, con la mirada grande y asustada, también un tanto angustiada. Su voz sonaba rasposa y jadeante. Cuando había recibido la noticia del secuestro de Minki, en una respuesta desmedida y del todo desquiciada, Jaebyu había golpeado a Sungguk en el pómulo y este se le había hinchado tanto que pronto no podría ver nada por aquel ojo.

Habría deseado sentirse culpable.

Qué sorpresa que no fuera así, al final del día parecía ser el monstruo que juró no ser.

—¿Y lo dices porque...? —aventuró—. ¿Debería confiar en tu palabra?

—*Por favor* —le suplicó con las manos unidas sobre el pecho. Para ser un policía tan robusto, en ese momento se veía insignificante.

—¿Y por qué debería?

—Minki es mi mejor amigo.

Esas dos últimas palabras giraron en su cabeza, se repetían como un eco interminable.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos cuando los mellizos iban a nacer? —cuestionó Jaebyu.

La expresión de quien fue su amigo decayó al igual que sus hombros.

—Jaebyu...

—Prometiste que nunca tendría que preocuparme por Minki si estaba contigo, porque ibas a protegerlo. Dijiste que nunca le pasaría nada si estaban juntos, entonces ¿por qué solo Daehyun está bien?

—Dae no está bien —fue su ridícula respuesta.

Dio un paso hacia él con una ira descontrolada, luego se detuvo a mitad del pasillo con los puños contra la cadera.

—¡Sigue estando contigo mientras Minki no! ¡Porque, por una extraña razón, Daehyun fue el único en salvarse cuando debería haber sido Minki el que...!

—Lo salvó.

Su interrupción lo dejó desconcertado unos segundos, que se le sumó a otro par cuando tuvo que procesar sus palabras. Con la cabeza inclinada, cerró los ojos y soltó las manos.

—¿Qué? —logró preguntar.

—Minki salvó a Dae —explicó Sungguk con un hilo de voz. Su mundo se detuvo.

—Él... —no lo entendía, así dolía menos—. ¿Él hizo qué?

—Se los iban a llevar a ambos —continuó Sungguk, su tono apenas perceptible en ese pasillo repleto de ruidos. Se oían las máquinas, las ruedas sobre la cerámica, el teclado, una multitud de voces. Ese sonido que para él siempre significó calma, ahora le daba náuseas—. Minki logró empujar a Daehyun al río antes de que se lo llevaran. Su padre lo rescató después.

Se distrajo con el estrépito de un teclado, alguien actualizaba una ficha médica. Se quedó en blanco lo que pareció una vida entera, pero regresó a él tras un estruendo.

—Minki... —maldito idiota, él realmente lo había hecho.

—Lo siento mucho —susurró Sungguk una vez más.

Por ilógico que le pareciera, sintió la necesidad de cuestionar unas decisiones ya tomadas, de debatir sobre un pasado que no podía modificarse.

—Minki —se escuchó hablar— siempre porta el arma de servicio —había alzado la voz sin darse cuenta—. Es un policía, ¿y me estás intentando decir que no pudo salvarse?

Los hombros de Sungguk volvieron a temblar como si estuviera conteniendo el llanto.

—Podía —apenas lo oía—, pero decidió ayudar a Dae.

Fue como sentir un golpe en el vientre bajo. Sungguk frunció los labios como si algo le doliera y su determinación se esfumó en un suspiro. Con la barbilla inclinada, le dio espacio para que pudiera marcharse.

Jaebyu así lo hizo.

Pasó por su lado, evitó tocarlo.

—Lo siento —suplicó Sungguk a la distancia—. Te juro que lo siento mucho. Desearía estar en contra de su decisión, pero no puedo. Es mi mejor amigo y no puedo.

Otro que parecía carecer de empatía.

Se detuvo, los talones de sus crocs se alzaron.

—¿Qué clase de disculpa de mierda es esta? —giró para encararlo—. Además, ¿de qué me sirve tu arrepentimiento? Puedes sentirte todo lo mal que quieras, eso jamás quitará el hecho de que eres culpable de su desaparición. Así que al menos ten la dignidad de encontrarlo, en vez de dártelas de novio preocupado. No olvides que tú terminarás el día abrazando a tu hija, mientras que yo tendré que explicarles a los míos por qué su papá no regresará a casa.

Los oídos le zumbaban al llegar a la escalera y bajar al primer piso. Evadió a los policías que estaban en el hospital y que parecían estar buscando algo, seguramente a él. Sabía que su desaparición podría tener grandes repercusiones, pero nada era más importante que encontrar a Minki a pesar de que la mirada se le oscurecía en los bordes.

Afuera hacía frío. Unos copos de nieve se arremolinaban en el cielo y caían con lentitud hasta el asfalto. El viento se le coló por los agujeros de sus zapatos, el uniforme se le pegó al pecho. Cruzó los brazos para reunir calor, el vaho se formó frente a su rostro.

La caseta a la que Daehyun se refería se localizaba a una media hora de ahí.

El recorrido se le hizo un suspiro.

El sitio estaba acordonado con cintas amarillas. Habían cerrado un gran área en los alrededores para evitar que la gente arruinara posibles evidencias. A la distancia divisó un zapato abandonado en medio de la calle, lo reconoció al instante: se lo había regalado a Minki en su penúltimo cumpleaños, aunque este lo había odiado. Entonces, ¿por qué lo llevaba puesto ese día?

Se le cerró la garganta.

Habría deseado recordar cómo se lloraba.

No pudo.

No podía.

Sin contar las patrullas que resguardaban el lugar, había solo una figura solitaria a unos metros. Delgado, con mascarilla puesta y gorro. A pesar de lo cubierto que iba y de lo poco que había interactuado con él, lo reconoció. No existía otra persona en Daegu que se retorciera las manos de aquella manera tan maniaca.

Era Moon Minhó, el papá de Daehyun.

Jaebyu se dirigió hacia él. Ninguno habló, se limitaron a observar a los detectives monitorear el sitio. Cuando sujetó la cinta para ingresar a investigar, Moon Minhó lo detuvo.

—No arruines la única posibilidad que tenemos de encontrarlo.

Su lado racional tomó el control de nuevo. Soltó las cintas y metió las manos congeladas en los bolsillos del pantalón. Creía que se asfixiaba.

—Lo siento —dijo, aunque no sabía por qué lo hacía. Entre los dos, el que menos debía disculparse era él. La familia Moon le había arruinado su vida, ¿por qué debía ser considerado con ellos?

—Minki salvó a Daehyun —respondió el señor Moon. Su voz era torpe, ronca y mal modulada, le pertenecía a alguien que no la usaba con frecuencia.

Como no pudo contestar, Jaebyu lo miró carente de vida. Se sentía vacío. Tampoco reaccionó cuando el señor Moon se giró hacia él para enfrentarlo. El hombre era más alto, por lo que se inclinó para nivelar sus miradas. No pestañeó al hablar.

—Te prometo que voy a encontrarlo —y como si con ello lo hubiera dicho todo, Moon Minhó se marchó del lugar con los puños escondidos en la chaqueta.

Se quedó quieto, los copos de nieve se posaron sobre sus brazos desnudos y cabello. Tenía la piel morada por el frío, le dolía la cabeza por lo mismo.

Abrazándose, bajó por unas calles laterales. No tenía claro dónde iba hasta que llegó a la casa de Jong Sungguk. A pesar de que era plena madrugada, la luz de la sala de estar estaba encendi-

da. Desde el interior no provenía ningún ruido; ni siquiera Roko, el perro de la familia, se quejaba.

Todavía entumecido, se acercó y golpeó. Le dolieron los nudillos helados, aun así, repitió el gesto. Por fin aparecieron los ladridos junto a unas uñas que rasmillaban la entrada. La puerta se abrió y apareció Jong Sehun, el padre de Sungguk y también el doctor de cabecera de la familia Lee. Era, además, el responsable de ocultar la condición de m-preg de Minki. Por primera vez en su vida ya no le parecía una locura esconder esa información.

—Jaebyu —dijo, sorprendido. Cargaba a una dormida Chaerin en los brazos. La pequeña tenía el rostro irritado por las lágrimas, debió haber llorado hasta rendirse.

Estiró las manos para tomarla. Ella se quejó con el movimiento, aunque no despertó. Dentro de la casa, la piel le picó y dolió por el cambio de temperatura.

—Jaebyu —insistió el doctor—. Por favor, ve a la calefacción, estás congelado.

Le costó tomar asiento, los músculos de su cuerpo agarrotados por el frío. Acomodó a Chaerin en las piernas, en tanto Sehun subía la temperatura a la calefacción. Luego, se dirigió a la cocina y regresó con una taza de café humeante. Jaebyu la cogió con cuidado para no quemar a su hija. Mientras le daba un sorbo, examinó sus alrededores. Beomgi, su hijo, y Jeonggyu, el niño de Daehyun y Sungguk, dormían en el suelo en una fortaleza confeccionada con almohadas y mantas.

—Gracias —logró decir al ver a Beomgi tranquilo.

—La policía te está buscando —informó Sehun—. Estábamos muy preocupados.

Se sintió incapaz de darle una respuesta sincera. Apegó a Chaerin a su pecho temiendo que a sus hijos podría ocurrirle lo mismo. *No*, se dijo apretando a su hija con tantas fuerzas que la niña se quejó en sueños, *ninguno es un m-preg*. Pero Chaerin

continuaba siendo mujer en una sociedad por esencia misógina y Beomgi de igual forma presentaba el gen.

—Jaebyu, le estás haciendo daño.

Tuvo que enfocar la vista, se había perdido en algún punto. Ladeó la cabeza.

—Acuesta a Chaerin con los niños —reforzó Sehun.

El pecho le dolía, sus dedos no la soltaron.

—Estamos bien —aseguró.

La piel empezaba a picarle al recuperar su temperatura normal. Sabía que los músculos se le iban a acalambrear y que Chaerin podría caérsele. De todas formas, no fue razón suficiente para dejarla ir.

—Bebe tu café —le pidió Sehun.

Así lo hizo, como un niño pequeño que cumplía las indicaciones al pie de la letra. El hormigueo se apoderó de sus piernas y brazos, tuvo que apoyarse contra el respaldo del sofá. Los únicos ruidos en la casa eran las respiraciones sincronizadas de los niños, y el ronquido leve de Roko a sus pies.

De pronto, Jaebyu sintió su rostro húmedo. Palpó sus mejillas y miró sus dedos. ¿Eran lágrimas? No lo sabía, él no se sentía más aliviado. Debía ser la reacción natural de unos ojos cansados.

Sehun se estiró y le apoyó la mano grande y cálida en la rodilla.

—Lo vamos a encontrar.

¿Por qué no podía creer en sus palabras?

De igual forma asintió con lentitud. Sus mejillas, no obstante, permanecieron mojadas por mucho tiempo más.